Lengua



4° año secundario

Novela e historia. Novela y dictadura. Antecedentes: El señor Presidente de Miguel Ángel Asturias.

Volvemos al tema de **novela e historia** que ya habíamos desarrollado en la etapa anterior. Cuando hablamos de "novela histórica" pareciera que estamos planteando una contradicción, porque la palabra **novela** nos remite a la ficción, a la invención, a lo que podríamos llamar "mentira", mientras que la palabra **historia** refiere a hechos sucedidos… Pero, sin embargo… existe un género, como ya vimos, que se permite cruzar estos elementos aparentemente opuestos.

Frente a cualquier novela histórica se abre una pregunta inevitable: ¿Qué validez tiene la novela en relación con lo histórico? ¿Importa cuán fiel es a los hechos?

Parece más importante el hecho de que muchas veces una obra literaria nos enseña más sobre la verdad de un proceso o de un suceso histórico que la propia historia.

El Señor presidente

Miguel Ángel Asturias, un precursor…



Este escritor guatemalteco nacido en 1898, escribió textos como: *Leyendas de Guatemala* (1930), *El señor Presidente* (1946) en la cual utilizando la caricatura, traza el retrato de un dictador a partir de la lucha entre las fuerzas de la luz (el Bien, el pueblo) y las fuerzas de las tinieblas (el Mal, el dictador) según los mitos latinoamericanos.

Otras obras suyas son: *Hombres de maíz* (1949), *Viento fuerte* (1950), *El Papa verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960), *Mulata de tal* (1963), *Malandrón* (1969) y *Viernes de Dolores* (1972).
Si por una parte su obra revive mitos y recrea leyendas "buscando y recordando lo que al pueblo oí", como él mismo dice; por otro lado sus novelas están ligadas a los problemas políticos y sociales de Guatemala, y de América latina, en general.

El dictador histórico y Asturias

Desde 1898 gobernó Guatemala Manuel Estrada Cabrera, dictador apoyado por el ejército y por ciertas compañías norteamericanas encargadas de la construcción del ferrocarril, Al producirse en 1902, las primeras revueltas estudiantiles contra el régimen, el padre de Asturias pierde su puesto de juez, al no reprimir legalmente estos hechos. Es así que la familia tiene que buscar otros horizontes en el interior del país. Luego regresan a la capital en 1908, pero su padre se dedica entonces al comercio de granos.
El dictador cae recién en 1920 y de todo este período dice Asturias: "No teníamos radio, ni aviones. Dos o tres veces al mes, los barcos tocaban en nuestros puertos, nada más. No entraban diarios sin el permiso del gobierno. Sólo veíamos los diarios oficiales".



Actividades

Actividad 1

Investigá sobre la figura histórica de Manuel Estrada Cabrera.
¿Cómo llegó al poder?
¿Por qué es considerado un dictador?
¿Qué compañías norteamericanas lo apoyaron?
¿Cómo finalizó su mandato?

La denuncia de la dictadura en *El señor presidente*

Vamos a leer un texto teórico sobre la novela escrito por un especialista en literatura latinoamericana, Giuseppe Bellini.

"A pesar de la ficción sobre la que se funda *El Señor Presidente* para ser novela, la nota negativa y lóbrega del régimen de Manuel Estrada Cabrera queda intacta. Se podría hablar de un mundo infernal, sobre el cual domina, nuevo Lucifer, el dictador. (…) Lo que más llama la atención es el clima de la novela, la representación lograda de un mundo en el que, con palabras del escritor, no hay «ni verdadera vida ni verdadera muerte, ni verdadera honra ni verdadera deshonra, ni verdadera amistad ni enemistad verdadera».

Asturias ha dado una explicación del constante sucederse y perdurar de los regímenes dictatoriales en Latinoamérica. En su ensayo «El Señor Presidente como mito» nos da una interesante explicación del fenómeno:

> En general, los que se han ocupado de las relaciones con el mito y la literatura actual convienen en que la novela ha tomado en las sociedades modernas el lugar que ocupaba la recitación de los mitos en las sociedades primitivas. En este sentido y apartándonos de todo juicio crítico, no es aventurado decir que *El Señor Presidente* debe ser considerado en las que podrían llamarse narraciones mitológicas. Hay la novela, literariamente hablando, hay la denuncia política, pero en el fondo de todo existe, vive, en la forma de un Presidente de República latinoamericana, una concepción de la fuerza ancestral, fabulosa y sólo aparentemente de nuestro tiempo. Es el hombre-mito, el ser-superior (porque es eso, aunque no queramos), el que llena las funciones de jefe tribal en las sociedades primitivas, ungido por poderes sacros, invisible como Dios, pues entre menos corporal aparezca, más mitológico se le considerará.

Así se explica, según el novelista, la fascinación que el dictador ejerce en todos, hasta en sus enemigos: «todo concurre a la reactualización de lo fabuloso, fuera de un tiempo cronológico». Asturias llega a preguntarse si en torno de estos personajes, que en cierta manera alcanzan casi la «altura de seres sobrenaturales», no se va creando «una especie de rito, que implica el culto de la personalidad», que no es un culto a la personalidad «presente», sino más bien «a lo que ella, como fuerza ancestral, representa».
A propósito de su novela, el escritor subraya la veracidad sustancial de su narración, donde el mito del presidente-brujo tiene parte determinante:

> *El Señor Presidente* no es una historia inventada, no es fantasía de novelista; [Estrada Cabrera] se rodeó, en los últimos tiempos de su gobierno, de brujos indígenas traídos de los lugares de más fama en el campo de la magia. En uno de los últimos capítulos, el XXXVII, asistimos al baile de Tohil. Tohil, la divinidad indígena maya-quiché que exigía sacrificios humanos. ¿Qué otra cosa exigía el Señor Presidente? Sacrificios humanos. No eran ejecuciones, sino sacrificios, y no queráis llevar esto a la inmensa pantalla mundial de la dictadura hitleriana. [...]

Se explica, partiendo de estas consideraciones, cómo en su novela Asturias representa a su personaje críticamente, con las características míticas del brujo. Su posición es la de quien es inmune al contagio, la de quien conoce el mito y la sugestión que ejerce, pero que sabe muy bien cual es la realidad miserable que encubre.
El escritor siempre contaba que cuando cayó Estrada Cabrera él, entonces joven estudiante universitario, había formado parte del comité que había ido a palacio para exigir la renuncia del mandatario y así había tenido la oportunidad de verlo de cerca: el hombre le había parecido fúnebre, frío, dueño de sí hasta en la derrota, con un aspecto enigmático y glacial que todavía infundía temor y respeto a los mismos que lo habían vencido. En la novela, Asturias refleja cumplidamente este aspecto, subraya el ascendente inexplicable del tirano, acrecentado por el

aislamiento en el cual conduce su vida -como Tirano Banderas-, el halo de poder demoníaco que lo rodea y del cual se manifiestan los efectos negativos por interpuesta persona: ministros crueles y corruptos, verdaderas «sabandijas» quevedescas, favoritos luciferinos como «Cara de Ángel».

La trama de la novela, aunque complicada por múltiples escenas, es bastante sencilla en sus líneas generales: el asesinato de un militar, el coronel José Parrales Sonriente, protegido del Presidente, pone en movimiento todo un mecanismo que mira a culpar de ello a dos personajes caídos en desgracia con el dictador, el general Canales y el licenciado Carvajal. Sobre estos sucesos se introduce una historia sentimental, novela dentro de la novela: el amor de Cara de Ángel, favorito del déspota, por Camila, hija del general en desgracia. Es un toque de equilibrado romanticismo, que por un lado introduce algo de poesía en la negrura del libro y por el otro, debido a su desdichado fin, acentúa la nota trágica.

En la novela, Asturias mira sobre todo a representar el poder deformante de la dictadura, que se manifiesta en la subversión de todo valor moral y en la violencia. Para alcanzar este resultado el narrador recurre a una serie de escenas en las cuales esta realidad se presenta como reflejada por espejos deformantes, caracterizándose en lo lóbrego y lo híbrido, en lo irrespirable. Un mundo que parece deshacerse en lo pútrido y que se manifiesta en una sucesión de actos indignos, de vejaciones, de hipocresía, de bajas formas de prostitución moral, hasta en una sexualidad de tal manera híbrida, que realmente hace pensar en ciertos pasajes del infierno quevedesco.

Sobre todo esto, nota dominante, reina el terror, la violencia, la inseguridad extrema de la vida, cuando todo vínculo humano ha sido destruido, todo lazo familiar eliminado. La única manera para salvarse es ponerse en sintonía con el pensamiento del dictador, atmósfera que Asturias representa de manera convincente a través de la experiencia personal de Cara de Ángel, quien de repente se da cuenta de haber caído en desgracia y empieza a temer por su propia vida y la de la mujer que ama. […].

Bellini, Giuseppe, *La narrativa de Miguel Ángel Asturias*, Buenos Aires, Losada, 1969.

Actividad 2

Respondé a las siguientes preguntas:

1. ¿Por qué, según Asturias, su novela debería ser considerada como un relato mítico?
2. ¿Por qué El señor presidente es un brujo? ¿Qué relación con el dictador Estrada Cabrera establece el autor de la novela?
3. ¿Cuál es la referencia a la propia vida de Asturias y su relación con Estrada Cabrera?

Algunos fragmentos de *El señor presidente*

Vamos a trabajar con un capítulo de la novela que aquí transcribimos completo.

XIV

¡Todo el orbe cante!

Las calles iban apareciendo en la claridad huidiza del alba entre tejados y campos que trascendían a frescura de abril. Por allí se descolgaban las mulas de la leche a todo correr, las orejas de los botijos de metal repiqueteando, perseguidas por el jadeo y el látigo del peón que las arreaba. Por allí les amanecía a las vacas que ordeñaban en los zaguanes de las casas ricas y en las esquinas de los barrios pobres, entre parroquianos que en vía de restablecimiento o aniquilamiento, con ojos de sueños hondos y vidriosos, hacían tiempo a la vaca preferida y se acercaban a su turno, personalmente, a recibir la leche, ladeando el vaso con divino modo para que de tal suerte se hiciera más líquido que espuma. Por allí pasaban las acarreadoras del pan con la cabeza hundida en el tórax, comba la cintura, tensas las piernas y los pies descalzos, pespunteando pasos seguidos e inseguros bajo el peso de enormes canastos, canasto sobre canasto, pagodas que dejaban en el aire olor a hojaldres con azúcar y ajonjolí tostado. Por allí se oía la alborada en los días de fiesta nacional, despertador que paseaban fantasmas de metal y viento, sonidos de sabores, estornudos de colores, mientras aclara no aclara sonaba en las iglesias, tímida y atrevida, la campana de la primera misa, tímida y atrevida, la campana de la primera misa, tímida y atrevida

porque si su tantaneo formaba parte del día de fiesta con gusto a chocolate y a torta de canónigo, en los días de fiesta nacional olía a cosa prohibida.

Fiesta nacional…

De las calles ascendía con olor a tierra buena el regocijo del vecindario, que echaba la pila por la ventana para que no levantaran mucho polvo al paso de las tropas que pasaban con el pabellón hacia Palacio -el pabellón oloroso a pañuelo nuevo-, ni los carruajes de los señorones que se echaban a la calle de punta en blanco, doctores con el armario en la leva traslapada, generales de uniforme relumbrante, hediendo a candelero -aquéllos tocados con sombreros de luces, éstos con tricornio de plumas-, ni el trotecito de los empleados subalternos, cuya importancia se medía en el lenguaje de buen gobierno por el precio del entierro que algún día les pagaría el Estado.

¡Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria! El Presidente se dejaba ver, agradecido con el pueblo que así correspondía a sus desvelos, aislado de todos, muy lejos, en el grupo de sus íntimos.

¡Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria! Las señoras sentían el divino poder del Dios Amado. Sacerdotes de mucha enjundia le incensaban. Los juristas se veían en un torneo de Alfonso el Sabio. Los diplomáticos, excelencias de Tiflis, se daban grandes tonos consintiéndose en Versalles, en la Corte del Rey Sol. Los periodistas nacionales y extranjeros se relamían en presencia del redivivo Pericles. ¡Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria! Los poetas se creían en Atenas, así lo pregonaban al mundo. Un escultor de santos se consideraba Fidias y sonreía poniendo los ojos en blanco y frotándose las manos, al oír que se vivaba en las calles el nombre del egregio gobernante. ¡Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria! Un compositor de marchas fúnebres, devoto de Baco y del Santo Entierro, asomaba la cara de tomate a un balcón para ver dónde quedaba la tierra.

Mas si los artistas se creían en Atenas, los banqueros judíos se las daban en Cartago, paseando por los salones del estadista que depositó en ellos su

confianza y en sus cajas sin fondo los dineritos de la nación a cero y nada por ciento, negocio que les permitía enriquecerse con los rendidos y convertir la moneda de metal de oro y plata en pellejillos de circuncisión. ¡Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria!

Cara de Ángel se abrió campo entre los convidados. (Era bello y malo como Satán.)

– ¡El pueblo lo reclama en el balcón, Señor Presidente!

– ¿… el pueblo?

El amo puso en estas dos palabras un bacilo de interrogación. El silencio reinaba en torno suyo. Bajo el peso de una gran tristeza que pronto debeló con rabia para que no le llegara a los ojos, se levantó del asiento y fue al balcón.

Lo rodeaba el grupo de los íntimos cuando apareció entre el pueblo: un grupo de mujeres que venían a festejar el feliz aniversario de cuando salvó la vida. La encargada de pronunciar el discurso comenzó apenas vio aparecer al Presidente.

– «¡Hijo del pueblo…!»

El amo tragó saliva amarga evocando tal vez sus años de estudiante, al lado de su madre sin recursos, en una ciudad empedrada de malas voluntades; pero el favorito, que le bailaba el agua, se atrevió en voz baja:

– Como Jesús, hijo del pueblo…

– «¡Hijo de-el pueblo! -repitió la del discurso-, del pueblo digo: el sol, en este día de radiante hermosura, el cielo viste, cuida su luz tus ojos y tu vida, enseña del trabajo sacrosanto que sucede en la bóveda celeste a la luz la sombra, la sombra de la noche negra y sin perdón de donde salieron las manos criminales que en lugar de sembrar los campos, como tú, Señor, lo enseñas, sembraron a tu paso una bomba que a pesar de sus científicas precauciones europeas, te dejó ileso…»

Un aplauso cerrado ahogó la voz de la Lengua de Vaca, como llamaban por mal nombre a la regalona que decía el discurso, y una serie de abanicos de vivas dieron aire al mandatario y a su séquito:

– ¡Viva el Señor Presidente!

– ¡Viva el Señor Presidente de la República!

– ¡Viva el Señor Presidente Constitucional de la República!

– ¡Con un viva que resuene por todos los ámbitos del mundo y no acabe nunca, viva el Señor Presidente Constitucional de la República, Benemérito de la Patria, Jefe del Gran Partido Liberal, Liberal de Corazón y Protector de la Juventud Estudiosa!…

Asturias, Miguel Ángel, *Obras escogidas*, Madrid: Aguilar, 1955.

Actividad 3

Respondé a las siguientes preguntas:

1. ¿Cómo aparece el mundo urbano, al comienzo del capítulo? ¿Cómo se pinta la pobreza en ese mundo?
2. Explicá la siguiente frase: “ladeando el vaso de divino modo para que de tal suerte se hiciera más líquido que espuma”.
3. ¿Qué recurso literario utiliza para expresar el repiqueteo de las campanas de las iglesias?



Si te interesa seguir leyendo y no conseguís el libro, hay una versión digital en http://www.litrussia.com/litru/?book=49778